

NATURA MEDICATRIX.

MEMORIA LEÍDA EN LA ACADEMIA N. DE MEDICINA DE MÉXICO
POR EL DR. TOMÁS NORIEGA.

Antes del advenimiento de Hipócrates, los elementos que más tarde debieran servir para la constitución científica de la Medicina, brotaron de tres fecundos manantiales: los aselepiones, los gimnacios y las escuelas filosóficas.

Eran los primeros, templos consagrados al culto de Escolapio, á cargo de sacerdotes y situados en lugares que reunían excelentes condiciones desde el punto de vista de la higiene; á ellos acudían los enfermos en busca de salud; entre los más notables se cuentan los de Epidauro, Cirene, Titano, Pérgamo, Cnido y Cos.

Los gimnacios, abiertos á los ciudadanos de Grecia con el fin de vigorizar sus cuerpos y prepararlos á la lucha, aplicaron después

sus medios, á la preservación y cura de ciertas enfermedades; eran los principales el de Ico de Tarento y el de Heródico de Selimbria

Por último, las escuelas filosóficas más notables en aquellos tiempos, fueron: la jónica, la itálica ó pitagórica y la eleática.

La primera, fundada por Thales de Mileto en el siglo VII antes de la era cristiana, buscaba el principio de las cosas creadas en un elemento sensible, de orden físico: creía que el mundo encerraba en sí propio su substancia, modificada en los cuerpos.

Se empeñó en probar que el agua era la substancia universal ó alma del mundo.

Anaxímeno y Diógenes de Apolonia la atribuyeron á un principio más sutil, el aire. Anaximandro, á una materia caótica, fué el verdadero autor del transformismo de las especies, y supuso que el hombre provenía de un pescado. Heráclito creyó que el fuego era el símbolo de todos los fenómenos de la naturaleza, ó más bien el fenómeno oculto en todos los otros, y juzgando que el reposo es sólo una apariencia, erigió el movimiento en principio universal.

Anaxágoras, por lo contrario, creyó que el movimiento era simplemente un efecto debido á la relación entre dos cosas preexistentes que no nacen ni perecen realmente, sino que se separan y se reúnen formando combinaciones mecánicas. En un principio hallábanse las partes similares confundidas formando el caos. Para hacerle desaparecer, y por tanto, para introducir la distinción en las cosas, era preciso un movimiento, y éste vino de un principio análogo al que mueve y gobierna un cuerpo animado, es decir, de una inteligencia. El espíritu, decía, es infinito y tiene una potencia que le es propia, no estando reunido á ninguna otra cosa.

La escuela de Abdera, continuando la explicación mecánica de las cosas, creó la filosofía atomista; consideró el alma como un compuesto de átomos sutiles, y tuvo la sensación como único origen de todos los conocimientos. Los principales corifeos de esta escuela fueron Leucipo y Demócrito.

La escuela itálica, fundada en Crotona por Pitágoras, consideró los números, el ritmo y la armonía como las leyes de todas las cosas. Las leyes que rigen todas las relaciones posibles entre los fenómenos de la naturaleza son abstractas, son números; y ellos, y no

los fenómenos, son los permanentes. Pero todos los números son reducibles á los primeros, que forman en conjunto un sistema regular, y estos primeros números se encierran en la unidad que les produce y les constituye.

Por tanto, la unidad es la realidad por excelencia.

El filósofo de Sámos fué el primero que dió al cosmos el nombre de universo, para significar la belleza, el orden y la regularidad que se observan en él. Consideróle como un todo animado, cuyas causas activas, colocadas en categorías según su perfección en su esfera propia, eran los números. Como la unidad es, en este sistema, el principio de todas las cosas, se representaba el Ser Supremo con el número 1, la materia con el 2 y el universo con el 12, que se forma por la conjunción del 1 y del 2; idea procedente de los caldeos y egipcios, aunque es probable que estos últimos la aprendieron á su vez de los fenicios; y que había producido la institución del zodiaco.

En virtud de que el número 12 se descompone en 3 y 4 que multiplicados le producen, Pitágoras concibió el universo como formado de tres mundos particulares enlazados entre sí, cada uno de los cuales estaba constituido por cuatro esferas concéntricas. Dios era el ser inefable que, situado en el centro de estas doce esferas, las llenaba todas sin ser comprendido en ninguna. Las cuatro esferas concéntricas de que se componía cada uno de los tres mundos particulares, correspondían á las cuatro modificaciones elementales de la materia amorfa ó inerte: *fuego, aire, agua y tierra*.

Todo lo que ofrecía una existencia propia, era considerado en este sistema, como efecto de la reunión de tres modalidades; y el hombre aparecía compuesto de cuerpo, alma y espíritu, manifestados en tres facultades distintas: *sensibilidad, inteligencia y sentimiento*.

En resumen: en el pitagoricismo, el uno primitivo contenía todos los demás, y por tanto los del universo entero; los elementos del uno primitivo eran el par-impar. El uno representaba el principio activo y latente de toda substancia; el dos el principio pasivo ó material; el tres el conjunto de sus facultades, y el cuatro la plenitud de su esencia.

Al resumir en brevísimas líneas lo que de más fundamental contiene la filosofía pitagórica, no desconozco la dificultad (de buena gana diría la imposibilidad) de interpretar debidamente los escasos documentos que existen acerca de este asunto, pues parece que el lenguaje numérico, comprensible para los pitagóricos, no lo era para los demás, ni existe en la actualidad manera alguna de descifrarle; es tan obscuro para nosotros como lo es el algebraico para los que ignoran el álgebra.

Se notará, no obstante, la completa oposición entre las tendencias de las escuelas jónica é itálica: física la una y espiritualista la otra. Las dos reconocían el origen de las cosas en algo único y persistente, sin detenerse en los fenómenos; pero la jónica la refería al mundo mismo, á su propia substancia; y la pitagórica, fuera del mundo mismo y en más elevadas regiones, hallaba las leyes que le rigen y la unidad del Espíritu Supremo, que explica estas leyes y establece la unidad de todo el sistema.

La escuela de Eleá, fundada por Xenófano, y á la cual pertenecieron Parménides y Zenón, llevó más allá las ideas de los pitagóricos, como la atomista hizo con la jónica; y se redujo á la contemplación de la unidad absoluta, fuera de la cual creyó no existir nada. La razón era, para los eleáticos, la única que puede conocer la verdad y realidad de las cosas. Las producciones, transformaciones y generaciones de los cuerpos que afectan los sentidos, eran apariencias ó ilusiones.

Las escuelas médicas anteriores á Hipócrates, pueden reducirse á tres: la de Crotona, la de Cnido y la de Cos, pues las de Rodas y Cirene dejaron muy pronto de existir y no quedó de ellas monumento alguno.

Sábese que en la escuela de Crotona se disecaba animales, y que alguno de sus filósofos atribuía la salud al equilibrio de las cualidades del cuerpo, y la enfermedad al predominio de alguna de ellas.

La escuela de Cnido, entre cuyos jefes figuran Eurifon y Ctesias, publicó sus célebres «*Sentencias*,» obra combatida por Hipócrates. El carácter especial de esta escuela fué la excesiva multiplicación de las especies morbosas, resultado de la excesiva importancia que daba al estudio de los síntomas.

Finalmente, la escuela de Cos, en la cual estudió Hipócrates, y que se caracterizaba por su espíritu sintético y generalizador; que apreciaba el enlace de los fenómenos comunes en las enfermedades; que daba suma importancia á los esfuerzos espontáneos de la naturaleza, y señalaba las crisis y los días críticos ó decretorios.

*
* *

En esta situación aparecieron la enseñanza y los libros hipocráticos que vinieron á señalar, en el brillante siglo de Pericles una época de trascendental importancia en la historia de la medicina.

No es mi ánimo delinear, ni aún á grandes plumadas, la medicina hipocrática; menos aún incurriré en el error de repetir que Hipócrates creó la medicina; sin que por esto juzgue, como Figuier, que los antiguos, al darle el nombre de *Padre de la Medicina*, hayan cometido una simple metáfora.

Sé bien que antes del ilustre médico de Cos había médicos, libros de medicina y escuelas médicas. La escuela de Crotona había producido filósofos médicos como Empédocles, y entre los libros de la colección hipocrática, probablemente algunos fueron escritos antes del nacimiento de Hipócrates.

Creo, no obstante, que con justo título puede llamarse á Hipócrates: *el Padre de la Medicina*, así por haber bosquejado el método de esta ciencia, como por haberla independido de la filosofía, en la cual ocupaba un puesto secundario.

La doctrina hipocrática recibió de los empíricos el nombre de *dogmatismo* para denotar que á la observación de los enfermos añadía el razonamiento; mucho más tarde recibió el de *naturismo* que es, á no dudar, más propio.

Es el naturismo una doctrina en la cual se reconoce á la naturaleza la dirección de todos los actos fisiológicos y morbosos; éste es, dice Bouchut, «á pesar de las afirmaciones contrarias de Daremberg, que ha hablado de Hipócrates sin comprenderle, el fondo de la filosofía médica del padre de la medicina.»

En efecto, varios textos hipocráticos confirman esa afirmación. Citaré los que siguen: «La naturaleza sola basta en los animales pa-

ra todas las cosas; sabe por sí misma lo que les es necesario, sin tener necesidad de que se la enseñe y sin haberlo aprendido de nadie. . . .» «Es el primer médico de los enfermos, y no es sino favoreciendo sus esfuerzos, como se obtienen algunos éxitos.»

El naturismo reposaba en cuatro bases fundamentales: *la naturaleza medicatriz, las simpatías, las crisis y la revulsión.*

Los límites á que debo sujetarme no me permiten examinar estos cuatro fundamentos, y habré de limitarme á discutir brevemente lo que á la luz de la ciencia moderna puede afirmarse respecto á la naturaleza medicatriz.

*
* *

Hay en el hombre, según los naturistas, un principio ó una fuerza que le hace vivir con la vida ordinaria, y que le asiste en el sufrimiento, cuando, turbado por una impresión morbífica, llega al estado patológico. Conservadora de la forma y de las funciones normales, lucha para restablecer la estructura orgánica alterada por la enfermedad.

Este poder tan activo, no es otro que la naturaleza, y en el estado normal como en las turbaciones patológicas, se revela por los más maravillosos resultados.

¿ En qué hechos fundan los naturistas las anteriores proposiciones?

Veamos algunos de ellos.

Cuando se introduce en la nariz un cuerpo extraño: v. g., un insecto, se produce por acción refleja el estornudo, que tiene por objeto la expulsión del cuerpo extraño.

El aspecto de una mesa provista de manjares succulentos, inunda la boca de saliva.

La vista del niño hace subir al seno la leche de la madre.

Un frío moderado adormece á los animales invernantes, sin amenazar su existencia y destruye su facultad de producir calor, pero un frío muy riguroso les despierta, reanima su calorificación por un momento, y si se prolonga les hace perecer.

Luego, dicen los naturistas, hay un poder formador y conservador del ser en el estado de salud. Pero si esta fuerza revela su pre-

sencia en el hombre sano, es difícil creer que cese de obrar en el enfermo: ¿acaso el organismo enfermo no está vivo?

La mayor parte de las enfermedades son susceptibles de curar sin tratamiento, y por la sola influencia de la *naturaleza*.

«Si el sabio, dice F. Berard, hiciese comparecer todas las sectas ante su tribunal y escuchase con imparcialidad las razones de cada una de ellas, y sobre todo sus recíprocas acusaciones, los médicos místicos (que creían en la cólera del cielo, en la producción de las enfermedades y los abandonaban á las fuerzas de la naturaleza) tendrían acaso que reprocharse más errores, pero menos crímenes; y si los enfermos fuesen llamados como testigos, se quejarían menos de ellos que de los otros.»

Borden dice: «la medicina tiene por principio una verdad de hecho, bien consoladora para los enfermos y que es también muy útil á los médicos: que es incontestable que de diez enfermedades las dos terceras partes curan por sí mismas, y entran, por sus progresos naturales, en la clase de simples incomodidades que se gastan y se disipan por los movimientos de la vida.»

«La homeopatía, dice Bouchut, no tiene éxito, como lo he demostrado en mi exposición de las doctrinas teúrgicas, sino porque la mayor parte de las enfermedades agudas curan por la influencia de los solos esfuerzos de la naturaleza: el enfermo, que se imagina tomar un remedio cuando no toma en realidad sino una substancia inerte decorada con un nombre farmacéutico, atribuye á este remedio ilusorio y al método una curación cuyo honor se debe á la *naturaleza*.»

Las partes divididas ó cortadas se reúnen ó se reproducen formando tejidos normales ú órganos completos.

El hombre puede reproducir el cristalino, quitado sin su cápsula; los huesos largos, resecaos sin el periostio.

Rehace igualmente la piel dividida, repara cordones nerviosos.

En los seres inferiores se observan maravillosas regeneraciones de tejidos y órganos.

Bonnet ha demostrado que las naides cortadas en veinte ó veinte y seis pedazos reproducen en algunos días veinte ó veinte y seis

nuevas naides; demostró, asimismo, que pueden volver á formar su cabeza amputada doce veces.

La planaria cortada en dos pedazos forma bien pronto dos planarias.

Los crustáceos regeneran muchas veces sus patas arrancadas.

Cuando se corta un brazo ó se quita un ojo á las salamandras, rehacen el ojo y reproducen el brazo con sus músculos, nervios, vasos y los veinte huesos que forman su esqueleto.

Una enfermedad que produzca la repleción del sistema circulatorio, general ó local, trae á menudo hemorragias suplementarias que restablecen el equilibrio.

Cuando un vaso se oblitera se forma en la cercanía una circulación colateral, que con el tiempo restablece la función circulatoria trastornada.

Las estenosis de un órgano hueco provocan hipertrofias compensadoras que producen fuerzas capaces de luchar eficazmente contra los obstáculos originados por las estrecheces.

Los huesos fracturados se reúnen y consolidan sin que el arte intervenga; el papel del cirujano se reduce á colocar y mantener los fragmentos en conveniente situación.

Los cuerpos extraños son enquistados ó eliminados.

Las colecciones de pus se abren espontáneamente en la piel, ó en un órgano hueco, que permite la evacuación del pus y la cicatrización de la cavidad.

A estos hechos podrían agregarse muchos más.

A tales argumentos responden los enemigos del naturismo, diciendo:

Sin duda la naturaleza trabaja algunas veces en reparar el mal que causa; pero trabaja en ello como consecuencia de un proceso patológico emprendido y no en vista de la curación. Así, rehace la piel dividida, esto es cierto, porque una herida es la sede de una transudación plástica; pero rehace la piel sin cuidarse de las deformaciones que puede causar la cicatriz.

Es verdad que la naturaleza crea en ocasiones una circulación colateral; pero es cierto también que detiene toda circulación cuando crea una embolia.

Es cierto que expulsa á veces los cuerpos extraños, y que reabsorbe un derrame; pero cuántas veces conserva estos cuerpos extraños, y cuántas transforma en pus el derrame seroso.

Si á veces cura un leve dolor de cabeza con una gran epistaxis, cuántas veces mata por una apoplejía ó por la ruptura de un vaso. Allí, donde es preciso un gran remedio, queda inactiva para el bien, y no obra sino para el mal; allí, donde el mal no tiene resultas, se dispone á curarle.

Purga cuando no es necesario; acumula los humores nocivos cuando sería preciso evacuarles. Segunda, pues, allí donde tiende, en una hemorragia incoercible, en un vómito incoercible, en un cólera violento.

*
* *

¿Qué juicio debemos formar actualmente acerca de este asunto?

Si el naturismo pretendiera que los solos esfuerzos naturales bastaren para curar todo linaje de padecimientos; si, por lo mismo, osara sostener que el papel del médico debiera reducirse al de simple espectador de los fenómenos morbosos, esa doctrina estaría ya juzgada, sería falsa é inaceptable.

En efecto, si como hecho no es discutible el esfuerzo curativo de la naturaleza, sí lo es en muchos casos su eficacia: muéstrase en ocasiones excesivo, en otros insuficiente, y en entrambos, sin efecto útil.

Pero nadie, que yo sepa, ha extremado tanto el alcance de esta doctrina: uno de los más sabios y convencidos defensores de la naturaleza medicatriz se expresa de este modo: «Es preciso no exagerar, ni creer que la naturaleza medicatriz tenga fuerza para compensar el efecto de las enfermedades. No, sería un error que arrastraría al médico á esa inacción sistemática que Asclepiades ha calificado tan duramente de *meditación sobre la muerte*, y no es así como debe de comprenderse la acción de la fuerza medicatriz. El concepto de esta idea no implica absolutamente el de la curación espontánea de todas las enfermedades, sin la intervención del arte.»

«Bastante poderosa en gran número de casos para traer por sí sola la transición de la enfermedad á la salud, la naturaleza tiene á menudo necesidad de ayuda y dirección en sus esfuerzos, y es á

descubrirlos á lo que debe aplicarse todo el arte del médico. *Quo natura vergit eo ducendum.*»

Comprendido de este modo el naturismo, las principales objeciones que se le han opuesto resultan de escaso valor. Así, de que la naturaleza, como dice Daremberg, trabaje á veces en reparar el mal que causa, no en vista de la curación sino como consecuencia de un proceso patológico comprendido, no se deduce que su acción deje de ser curativa; todo lo más podría decirse que el *proceso* es el medio, ó el recurso de que se vale para efectuar la curación.

Seguid, dice con ironía el mismo autor, seguid á la naturaleza en una hemorragia incoercible. . . . Si, repetiré yo sin ironía, seguid-la, es decir, preguntadla cuál es su secreto para curar las hemorragias y os dirá que no es otro sino la formación de un tapón fibrinoso que oblitera el vaso: ahora, provocad la formación de ese tapón por medio de la compresión, la ligadura ó cualquiera recurso de los que posee la terapéutica quirúrgica, é imitando así á la naturaleza, obtendréis éxito cabal.

La ciencia moderna á venido á confirmar, esclareciéndola y explicándola, la doctrina de la naturaleza medicatriz.

Nos ha enseñado que los leucocitos y casi todas las células originarias del mesodermis, tienen la propiedad de secuestrar y destruir las substancias nocivas; que los humores poseen virtudes aglutinantes, antitóxicas y bactericidas; y la terapéutica de nuestros días, al crear el método de la seroterapia y al ensanchar el de la vacunación, no hace otra cosa que prevenir ó combatir las infecciones, con armas trabajadas en los arsenales del organismo.

*
* *

La moderna biología no pretende ya la solución de ciertas cuestiones de filosofía transcendente, como la de la esencia de la vida: delineando mejor sus fronteras, no aspira á invadir la jurisdicción de otras ciencias; y ora se ocupe en la vida normal, ora en la patológica, sólo la estudia *en el ser viviente*.

Sin discutir acerca de la vida y su principio, bástala saber que las manifestaciones de la organización viviente representan un or-

den particular de fenómenos naturales cuyas modalidades, condiciones de producción y leyes, son objeto de un estudio especial.

Empleando el análisis y la inducción apoyados en la observación y en la experimentación, ha logrado descubrir algunas relaciones de causalidad en los fenómenos que estudia, ó lo que es igual, ha formulado algunas de las leyes que les rigen.

Comprendiendo la colosal importancia de la legislación físico-química para explicar los hechos de la vida, reconoce también que esas leyes no dan cumplida explicación de los fenómenos vitales, y que justamente la insuficiencia explicativa de aquellas leyes, fundamenta la autonomía de la ciencia biológica.

Después de demostrar que la enfermedad es una forma especial de la vida, resulta como indispensable corolario que, para comprender los hechos de la vida patológica, hay que seguir los mismos derroteros que hacen comprender la vida normal, y que los grandes problemas de la patología general sólo pueden resolverse mediante la aplicación de las leyes biológicas generales.

Así, aplicando al hecho empírico de la morbilidad las leyes generales de la vida, ha podido darse cuenta de la razón de ser de la salud, de las enfermedades, *de su curación espontánea* y de sus otras maneras de terminar.

Los límites á que debo sujetar esta lectura no me permiten extenderme más, y sólo recordaré, para terminar, que la biología nos enseña que es evidente que una causa ó que una condición anormal, que ha provocado en un tejido, en un órgano ó en una función un tipo de evolución morbosa, no por esto destruye la ley del tipo original y primordial inherente á cada órgano, á cada tejido, á cada célula, lo mismo que al organismo vivo todo entero; y que esta ley se conoce por una *tendencia natural para volver á evolucionar según el tipo primitivo*.

En otros términos: la ciencia moderna confirma substancialmente la doctrina hipocrática de la naturaleza medicatriz.

T. NORIEGA.

México, 10 de junio de 1905.